

asombrasen de llegar al mismo punto,— Torquemada y Marat; Jacobo Clement y Barére; los sambartolomistas y los septembristas; el Santo Oficio y el Comité de Salud Pública, los expulsadores de moros y judíos y los incendiarios de iglesias y conventos.»⁽¹⁾

He citado tan extensamente a Rodó por dos razones: Porque su indiscutible autoridad en los países americanos en donde el apostolado de la cultura reclama el contingente desinteresado de cuantos se preocupen por su porvenir, viene a prestarle a este

ensayo el mérito de que carece. Tal es la primera razón; y la segunda: porque vulgarizar ideas, expresadas mejor que pudiera uno intentarlo, ideas que contribuyan a vigorizar con su prestigio y su savia generosa el árbol de la libertad en otros climas y en otras latitudes, es labor enaltecedora para quien la emprende y el mejor medio de manifestar nuestra gratitud a los apóstoles de la cultura.

(Del libro *Cirugía política*, de Enrique Pérez, De venta en la librería «Lectura Barata», de Falcó, Zeledón & C^ª

Ya no hay flores...

Para Billo, recordando

En su oficina—adonde vamos a verlo a menudo, entre las filas de libros alineados como un batallón de pensadores—el buen amigo que ha vivido siempre en nuestro medio en un gesto de valerosa resolución ante todos los desastres, y que pone sobre la rudeza de esta hora de groseros mercantilismos la amable nota de su sentimiento, porque cree con Ugarte que «más difícil que vivir el ensueño sin la vida es vivir la vida sin el ensueño»—nos dijo con una sonrisa de satisfacción, «vean, los gajes de los versos» y nos mostró un bonito ramo de violetas.—Hace tiempo hice unos versos para una niña. Amable y buena, me trae desde entonces todas las semanas un ramo de flores que, colocado sobre mi mesa de trabajo, en las largas horas de la fatiga diaria, carga el ambiente de perfumes que son como perfumes de agradecimiento».

Y yo, que me guardo un poema inédito para recitarlo alguna vez en una hora propicia a la tristeza, un poema amargo y doloroso, me puse a recordar:

Yo también hice un canto a una mujer, el canto de mi esperanza, el canto apasionado de mi anhelo; lo formé con gotas de mi propia sangre, con palpitaciones de mi espíritu in-

quieto, con las ansiedades de mi alma. Así, en una suprema aspiración, con la misma devoción conque el labriego entierra la simiente en el surco fresco y fecundo, puse en su corazón mi canto, el canto de mi vida, el supremo canto de mi amor. Ella, tierna y adorable, ahondó los presentimientos de mi canto, y me premió desde entonces con un ramo de las flores más bellas y más olorosas, donde había resedas y violetas y siemprevivas, atadas con el hilo de seda de su espiritualidad: las flores de su cariño.

Con ellas, con sus pétalos, marqué ciertos pasajes de mis libros queridos; con su perfume sentíme libre de los hastíos que divirtieran Werter y Leopardi, y creí que ya tenían justificativo y finalidad mis luchas y mis ansias.

Pero el jardín que tan lindas flores produjera se puso estéril, y la otra noche ya no hubo ramillete de mirtos y resedas para premiar mi canto.

Ella, la jardinera, quién sabe si lo ha olvidado ya. Tal vez lo musite en voz baja cuando el recuerdo se yerga ante ella como una interrogación. Pero, ya no hay flores para mí, y mis libros queridos se quedarán sin señalar; volverá a quedar mi vida sin justificativo y sin finalidad, y caeré de nuevo en las murrias y los hastíos que alimentan Werter y Leopardi.

J. Albertazzi Avendaño

(1) Rodó.—Obra citada.